

EL FENÓMENO DE LAS ACTITUDES Y SU MEDICIÓN EN SOCIOLINGÜÍSTICA

Juan Manuel Hernández-Campoy
UNIVERSIDAD DE MURCIA

I. INTRODUCCIÓN: EL FENÓMENO DE LAS ACTITUDES

Un aspecto importante de la compleja psicología social de las comunidades lingüísticas es la respuesta emocional e intelectual de los miembros de la sociedad a las lenguas y variedades en su entorno social. La *Psicología Social del Lenguaje* es un área de estudio que se ocupa del estudio de las actitudes frente a las variedades de lengua, además del estudio del modo en que los hablantes interaccionan recíprocamente a través de la conversación. Como afirman Ellen Ryan, Howard Giles & Miles Hewstone (1988: 1068), una fuente de información importante sobre el estatus y estima de las variedades lingüísticas se encuentra en su trato público. Como afirma Collin Baker (1992: 30), la salud de una lengua, dialecto, acento, o incluso de una forma lingüística (acentual, gramatical o semántica), depende en gran medida de las actitudes favorables o desfavorables que generan en su contexto social. De hecho, el tercer modelo sociolingüístico de variación y cambio de los propuestos por Uriel Weinreich, William Labov & Marvin Herzog (1968), junto con la restricción y comienzo de la innovación (*constraints*), la aceptación e inclusión paulatina en la variedad empleada por un grupo social (*embedding*), la transición a otras formas lingüísticas (*transition*) y la realización definitiva y uso (*actuation*), lo constituye el problema de la evaluación (*evaluation*) que la sociedad realiza de las variedades y variantes lingüísticas.

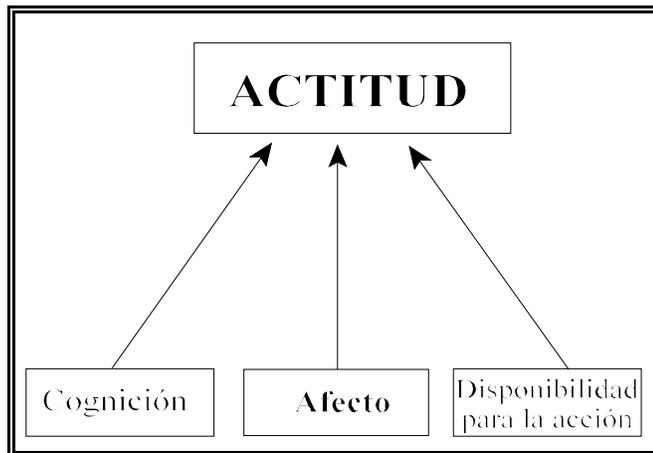
La *actitud*, según Baker (1992: 10), «es un constructo hipotético empleado para explicar la dirección y persistencia de la conducta humana», y conlleva seguir una tendencia frente a —en un sentido amplio— determinadas acciones. En palabras de Marlene Henerson, Lynn Morris & Carol Fitz-Gibbon (1987: 11):

... el concepto de actitud, como muchos otros conceptos abstractos, es una creación —un constructo. Como tal, es una herramienta útil para observar orden y consistencia en lo que la gente dice, piensa y hace, de modo que, dados ciertos comportamientos, se puedan llevar a cabo predicciones sobre otros comportamientos futuros. Una actitud no es algo que se pueda examinar y medir del mismo modo que las células de la piel o el ritmo de pulsaciones de una persona. *Sólo podemos deducir que alguien tiene actitudes mediante sus palabras y acciones.*

Aunque no pueden observarse directamente, dado que el sistema de procesamiento, los pensamientos y sentimientos se encuentran ocultos, las actitudes pueden explicarse mediante el seguimiento de la dirección y persistencia de los patrones recurrentes de la conducta humana

externa.

A pesar de la concepción de Baker, la definición de actitud se encuentra rodeada de diferencias semánticas y diferencias relativas a la generalidad o especificidad del término. Para D.J. Bem (1967), por ejemplo, las actitudes son autodescripciones o autopercepciones, con lo cual los individuos identifican sus actitudes al observar precisamente su propio comportamiento. Para I. Ajzen (1988: 4), es «una disposición a responder favorable o desfavorablemente ante un objeto, persona, institución o acontecimiento». Según McGuire (1985), éstas sitúan objetos de pensamiento en la dimensión del enjuiciamiento. El modelo de actitudes de tres componentes, basado en Platón, es el más recurrido para ofrecer una explicación a este fenómeno propio de la psicología social del lenguaje. Distingue entre sus elementos constituyentes cognitivos (pensamientos y creencias), afectivo (sentimientos frente a ser, acción o fenómeno objeto de actitud) y conativo (disponibilidad para la acción).



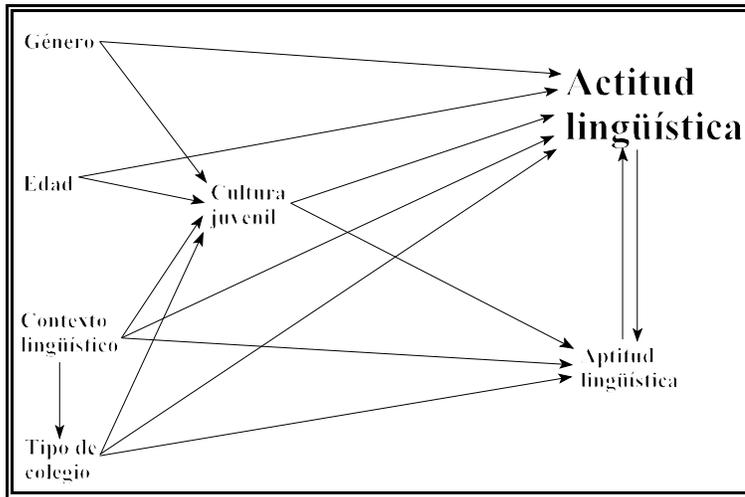
Estas tres partes integrantes forman un único constructo de actitud en el nivel mayor de abstracción. I. Ajzen (1988: págs. 22-23) interpreta este modelo de la siguiente forma:

El modelo jerárquico de actitud, pues, ofrece la explicación siguiente del modo en que las actitudes afectan a la conducta. La presencia real o simbólica de un objeto provoca generalmente una reacción de evaluación favorable o desfavorable, la actitud ante el objeto. Esta actitud genera, a su vez, unas respuestas cognitiva, afectiva y conativa ante el mismo, respuestas cuyo tono evaluador concuerda con la actitud global.

La noción de ‘actitud’, por otra parte, no ha de confundirse con otros términos afines: mientras que la *opinión* puede definirse como una creencia manifiesta (verbalizable) sin reacción afectiva, las *actitudes* contienen reacciones afectivas aunque no verbales. Si la *ideología* es un sistema cognitivo elaborado que racionaliza formas de comportamiento, referentes a la codificación de normas y valores grupales (una perspectiva amplia de la sociedad, o una filosofía de vida), por el contrario, las *actitudes* tienden a ser específicas de objetos; en este sentido, la ideología puede ser una actitud global (Shaw & Wright 1967, Baker 1992).

Las actitudes varían dependiendo de factores como la edad, el género, el estatus social,

el contexto educativo (la escuela), el contexto lingüístico, grupal y cultural. En este sentido, al estudiar las actitudes de los hablantes galeses frente a su propia variedad local galesa y frente a la situación de bilingüismo, Collin Baker (1992) detectó el siguiente modelo general causa-efecto para la determinación las mismas:



Modelo de Actitudes (Collin Baker 1992: 69)

El modelo sugiere que las actitudes lingüísticas se ven directa e indirectamente influenciadas por el sexo, edad, contexto lingüístico de la comunidad, tipo de colegio donde se ha estudiado, cultura adolescente y aptitud lingüística (competencia en la variedad o forma evaluada). La aptitud y actitud lingüísticas frente a una forma lingüística tienen un proceso de causa-efecto doble al tener una influencia recíproca. Pero lo que resulta más reseñable es el hecho de que las actitudes están más estrechamente relacionadas con las variables ‘del entorno’, como el contexto lingüístico o la cultura adolescente, que con atributos individuales, como la edad, sexo o incluso la aptitud lingüística. También, especialmente crítica puede resultar la fuerza del grupo, o de la pandilla adolescente, y su cultura popular, mucho más que el hogar o el colegio; de hecho, puede variar drásticamente la intensidad actitudinal, y la propia actitud, según actúa el individuo en solitario o en grupo, dado que, como afirman Ryen, Giles & Hewstone (1988: 1074), en las mismas condiciones, el grupo suele ser más competitivo o agresivo que el individuo.

Pero al ser básicamente una actividad cognitiva, si bien formulada mediante una actividad social, el cambio en las actitudes tiene lugar lenta y gradualmente, y en función de las necesidades y motivos individuales y de las situaciones sociales como son los ciclos de vida y sus modos¹. Igualmente, puede resultar una poderosa fuente de cambio actitudinal la imitación de

¹ El individuo o la pareja puedan optar por tres *modos de vida*, si bien se participa, en mayor o menor grado, de los tres: i) el familista, centrado en el hogar y el cuidado de los niños; ii) el profesionalista, con el que se supedita prácticamente todo a la promoción vertical, consagrando los esfuerzos y el tiempo a lograr este fin; y iii) el consumista, con el que se opta por la buena vida y el ocio. Las opciones profesionalistas y consumistas tienden a valorar más el centro

otros modelos altamente respetados, admirados o creíbles por lo que manifiestan, hacen o representan (Baker 1992: págs. 103-113).

Por otra parte, las actitudes pueden tener una motivación bien **integradora**, con una orientación eminentemente social e interpersonal (pertenencia a un colectivo, grupo o comunidad), que atienden a razones de lealtad, factores diferenciadores o identificadores, o bien una motivación **instrumental**, con una orientación totalmente individualista, por vocación, profesión, estatus, logro personal, superación, o por mera supervivencia (véanse Ryan, Giles & Hewstone 1988: págs.1069-1070 o Baker 1992: págs. 31-32).

II. LAS ACTITUDES LINGÜÍSTICAS

Las actitudes lingüísticas, como subraya Tore Kristiansen (1997: 291), son también entidades psicológicas complejas que conllevan conocimiento y sentimiento, además de comportamiento, y son sensibles a factores situacionales, como la formalidad de la situación o la prominencia de la variedad empleada en la misma. Estudios empíricos llevados a cabo sobre muy diversas situaciones en todo el mundo han demostrado que en cualquier contexto social hay dos factores que determinan la condición de las variedades lingüísticas (lenguas, dialectos o acentos) empleadas: los valores del *estatus* y la *solidaridad*. Se ha demostrado así la existencia de un modelo de resultados sobre la diferente evaluación de los hablantes de variedades estándares y los de no estándares (Giles, Hewstone, Ryan & Johnson 1987), apareciendo las primeras, las variedades estándares, vinculadas al estatus, los medios de comunicación, el poder y, en definitiva, a aquellos pertenecientes a las clases socioeconómicas más elevadas (Joshua Fishman 1971) y las segundas, las no estándares, a los valores intragrupal de solidaridad y lealtad lingüística. Un ejemplo de este fenómeno es el caso de la lengua inglesa, sus variedades estándares y dialectales, y sus acentos, que Peter Trudgill (1983a: 12-20) describe del modo siguiente:

Ya que la lengua, como fenómeno social, está estrechamente ligada a la estructura social y a los sistemas de valores de la sociedad, diversos dialectos y acentos son evaluados de modos distintos. El inglés estándar, por ejemplo, tiene mucho más estatus y prestigio que cualquier otro dialecto inglés. Es un dialecto considerado de manera muy favorable por mucha gente, y algunos beneficios económicos, sociales y políticos tienden a corresponder a aquellos que lo hablan y escriben. La pronunciación RP también tiene un elevado prestigio, al igual que algunos acentos norteamericanos. De hecho, el 'saber convencional' de la mayoría de las comunidades de habla inglesa va más allá de esto. El inglés estándar y los acentos de prestigio son tan evidenciadores de estatus elevado que son ampliamente considerados como 'correctos',

por razones de accesibilidad al trabajo y recreo (oportunidades de relación y diversión) respectivamente, mientras que la familista valora más la calidad del entorno urbano, la seguridad o el tamaño y comodidad de la vivienda. Muy en estrecha relación con la elección de entre estas tres opciones está el factor del *ciclo de vida familiar*, que obligan al individuo/pareja a tender más a un modo de vida que a otro. Generalmente, toda persona o pareja atraviesa las siguientes seis etapas: 1ª, previa a los hijos; 2ª, crianza de los hijos; 3ª formación de los hijos; 4ª, lanzamiento de los hijos; 5ª, emancipación de los hijos; y 6ª, la tercera edad, bien en pareja o viudez. Con todo, esta caracterización responde más a las motivaciones de la clase, al menos, media, poseedora de una renta que le permite satisfacer las necesidades tenidas según sus modos y estilos de vida, pero guarda poca relación con los grupos sociales pobres y marginados, dado que sus posibilidades de promoción se ven obstaculizadas por la falta de recursos económicos o por el rechazo de la sociedad. Para tratar la vinculación entre los ciclos de vida, sus modos, los usos lingüísticos y el grado de innovantismo sociolingüístico, véase Hernández Campoy (1999: págs. 313-314).

‘bonitos’, ‘agradables’, ‘puros’, etc. Otras variedades no estándares y de menos prestigio son a menudo juzgadas como ‘erróneas’, ‘feas’, ‘corruptas’ o ‘indolentes’. Además, el inglés estándar es considerado frecuentemente como *la* lengua inglesa, lo que inevitablemente conduce a la idea de que las otras variedades del inglés son una especie de desviación de la norma, siendo atribuida a esa indolencia, ignorancia o carencia de inteligencia. De este modo, a millones de personas que tienen el inglés como su lengua materna se les hace creer que ‘no saben hablar inglés’.

Los distintos estudios sociolingüísticos han demostrado que hay juicios de valor sobre la *corrección, adecuación y estética* de los acentos, dialectos y lenguas, los cuales se generan al confundir variedad estándar con correcto, formal, adecuado y estético, y variedad no-estándar con incorrecto, informal, inadecuado y antiestético, lo que a su vez conduce a la inseguridad lingüística en numerosas ocasiones. Estos juicios de valor son más de naturaleza *social* que propiamente lingüística.

II.1. Juicios de valor sobre la *Corrección*

A muchos hablantes se les hace creer que no saben hablar su propia lengua correctamente. Sin embargo, según Andersson & Trudgill (1990), los hablantes hablan su lengua materna perfectamente, y lo que tradicionalmente se ha concebido como un problema de ‘correcto’ o ‘incorrecto’ simplemente es una cuestión de diferencias dialectales y actitudes sociales frente al prestigio de éstas: «en nuestra opinión, es muy triste que a millones de personas se les impida expresarse con la sincera pero errónea creencia de que no saben hablar su propia lengua correctamente» (Andersson & Trudgill 1990: 109). Como explicación a este fenómeno muy común estos autores ofrecen tres causas: la influencia del latín, las innovaciones, y el estatus social del hablante.

II.1.a. La Influencia del Latín en la Lengua Inglesa

En el contexto del mundo de habla inglesa, por ejemplo, uno de los factores a tener en cuenta al considerar los orígenes de nociones como la *corrección* es la influencia del latín. Durante la Edad Media, y durante algunos siglos después, la relación entre el latín y el inglés en Gran Bretaña era como ahora la relación entre el inglés estándar y los dialectos no estándares:

El latín era considerado como bueno, correcto, expresivo, etc., de la misma manera que sucede con el inglés ahora, y las lenguas vernáculas eran consideradas inferiores. El latín era una lengua internacional, para aprender en Europa, y se le relacionaba con la Iglesia y la Biblia. También tenía la ventaja de ser una lengua muerta sin hablantes nativos, por lo que no estaba sujeta a cambios.

Lars Andersson & Peter Trudgill (1990: 112)

Edad Media	Siglo XX
Latín	Inglés Estándar
Inglés	Inglés No Estándar

Cualquier intento por escribir trabajos académicos, filosóficos, o teológicos en inglés, francés, u holandés, por ejemplo, habría sido considerado ridículo. Como consecuencia, cuando el inglés comenzó a ser utilizado para fines formales y se observó que difería del latín en ciertos aspectos, hubo una opinión bastante generalizada, que ha sobrevivido incluso hasta los tiempos modernos,

y que defendía que el latín era más correcto que el inglés, y superior a éste.

Hasta tal punto arraigó esta tendencia que una serie de académicos intentaron cambiar algunas estructuras gramaticales del inglés —que siempre habían sido normales en las lenguas germánicas— con el objetivo de hacerlas mucho más parecidas al latín. Unos de estos aspectos de divergencia con respecto al latín era la aparición en inglés, al igual que en otras lenguas germánicas, de preposiciones al final de una oración. Se defendía que estructuras oracionales del tipo «*I have a new house which I'm very pleased **with***» eran ‘erróneas’ y que debería decirse «*I have a new house **with** which I'm very pleased*», simplemente porque en latín no era correcto acabar las oraciones con una preposición². Como consecuencia, la estructura basada en el latín actualmente es considerada como estilísticamente más formal que la correspondiente germánica.

Otro punto de divergencia con respecto al latín era el uso de los pronombres oblicuos en inglés, tales como *me*, *him*, *her*, *us* y *them*. Un uso muy antiguo de estos pronombres en inglés y otras lenguas afines es el de oraciones como:

« <i>It's me</i> »	« <i>Soy yo</i> »
« <i>It was him that did it</i> »	« <i>Fue él quien lo hizo</i> »
« <i>This is her</i> »	« <i>Esta es ella</i> »

Sin embargo, esta construcción no se daba en latín, cuya estructura gramatical requería el caso nominativo en las oraciones copulativas. Como consecuencia, de nuevo, se defendía que debía emplearse los pronombres nominativos también en las construcciones equivalentes del inglés:

«*It's **I***»
 «*It was **he** that did it*»
 «*This is **she***»

Este uso suena muy extraño para la inmensa mayoría de los anglófonos porque el inglés no posee la distinción gramatical entre el caso nominativo y acusativo que tenía el latín.

Un fenómeno similar, también especialmente interesante, tiene lugar en inglés en las oraciones en las que hay más de un sujeto del verbo y al menos uno de ellos es un pronombre:

« <i>Me and him are going to the party</i> »	« <i>Yo y él vamos a la fiesta</i> »
« <i>Him and me are going to the party</i> »	« <i>Él y yo vamos a la fiesta</i> »
« <i>I and he are going to the party</i> »	« <i>Yo y él vamos a la fiesta</i> »
« <i>He and I are going to the party</i> »	« <i>Él y yo vamos a la fiesta</i> »
« <i>Us and her are going to the party</i> »	« <i>Nosotros y ella vamos a la fiesta</i> »
« <i>Her and us are going to the party</i> »	« <i>Ella y nosotros vamos a la fiesta</i> »
« <i>We and she are going to the party</i> »	« <i>Nosotros y ella vamos a la fiesta</i> »
« <i>She and we are going to the party</i> »	« <i>Ella y nosotros vamos a la fiesta</i> »

Las versiones ‘*I and he*’ y ‘*we and she*’, en concreto, son poco comunes, pero todas las demás, ciertamente, se usan en el inglés moderno. Sin embargo, alguna gente ‘seducida’ por el prestigio del latín defendía que algunas de esas formas inglesas infrecuentes eran ‘correctas’ y que las corrientes eran ‘erróneas’. A pesar de no conseguir eliminar el uso de los pronombres oblicuos

² «... a pesar de la naturalidad y larga historia de esta construcción en las lenguas germánicas, el argumento era que, si estaba mal en latín, estaba mal en inglés» (Andersson & Trudgill 1990: 113).

de la lengua inglesa en ese tipo de oraciones en favor de los pronombres sujeto, crearon una considerable inseguridad en la mente de muchos hablantes sobre la ‘corrección’ de su lengua, lo que a su vez ha conducido a casos de *hipercorrección*, los cuales realmente son agramaticales tanto en inglés como en latín, como:

*« <i>Between you and I</i> »	« <i>Entre tú y yo</i> »
*« <i>He told John and I about it</i> »	« <i>Le habló a John y a yo sobre ello</i> »
*« <i>Jane gave it to John and I</i> »	« <i>Jane se lo dió a John y a yo</i> »

II.1.b. La Evolución de la Lengua: el Ciclo *innovación-resistencia-aceptación*

Es sobradamente sabido que el lenguaje es un fenómeno dinámico; pero no todo el mundo sabe que «el cambio lingüístico es un fenómeno natural y que no implica ‘decadencia’ o ‘corrupción’» (Trudgill 1975: 14). Si examinamos el lenguaje desde un punto de vista diacrónico, se puede observar que las lenguas evolucionan a lo largo del tiempo:

Las lenguas siempre están cambiando, y el inglés está sujeto a cambios lingüísticos igual que cualquier otra lengua. No sabemos realmente por qué, pero ninguna lengua permanece enteramente estática. Es muy evidente que el inglés de Shakespeare es muy diferente al moderno; la lengua de Chaucer es tan distinta que resulta bastante difícil de entender; y el inglés del rey Alfredo ciertamente requiere traducción. El cambio lingüístico parece ser inevitable. Puede retrasarse, concretamente por medio de la alfabetización generalizada. (La lengua escrita, utilizada tal y como es en la realización de documentos relativamente estables, es generalmente más conservadora que la hablada). Pero no puede detenerse.

La **Ley del Mínimo Esfuerzo** también afecta a las lenguas, haciéndolas tender hacia la simplicidad, dentro de los límites de la inteligibilidad, evidentemente. Sin embargo, el ciclo *innovación-resistencia-aceptación* siempre opera cuando un rasgo lingüístico innovador (gramatical, léxico o fonológico) aparece en la lengua de una comunidad de habla: «... nunca habrá una innovación, de cualquier tipo, a la que no se oponga alguien en algún lugar» (Andersson & Trudgill 1990: 148).

En Gran Bretaña hay gente, a quienes Andersson & Trudgill (1990: 13) definen como los «autodesignados guardianes de la pureza y virtud de la lengua inglesa moderna», que se opone a las innovaciones y al cambio en esta lengua, generando únicamente inseguridad lingüística entre los hablantes nativos. Al estar el lenguaje, como fenómeno dinámico que es, sujeto a cambio, encontramos, entre numerosos ejemplos, usos de formas como *hopefully*, una palabra que ha sufrido una ampliación de significado muy recientemente. Hasta los años setenta era utilizada de forma diferente en el inglés británico y en el americano: mientras que en Gran Bretaña *hopefully* era sólo un adverbio de modo que describía cómo alguien hacía algo (circunstancial de modo), en los Estados Unidos tenía un uso adicional, el de modificador oracional:

« <i>She sat there hopefully</i> »	(=‘She sat there in a hopeful manner’)	USA	UK
« <i>Hopefully it won’t rain tomorrow</i> »	(=‘It is to be hoped that it won’t rain tomorrow’)	+	+
		+	-

Pero, debido en parte a la influencia americana y en parte al natural cambio lingüístico, a principio de los setenta el segundo uso americano comenzó a utilizarse en el inglés británico, y alrededor de 1974, una vez extendido por Inglaterra, alguna gente empezó a «escribir cartas a la

BBC y a periódicos protestando por ‘este americanismo barbárico’, ‘esta corrupción de la lengua’, etcétera». Sin embargo, en los años ochenta, el nuevo uso estaba completamente aceptado: «antes de 1980, jóvenes británicos de diecinueve años de edad no tenían ningún recuerdo en absoluto de un tiempo en el que *Hopefully it won't rain* no era una construcción posible. Se asombraban de que ésto pudiera haber sido así alguna vez. ‘¿Qué decíais antes?’ preguntarían» (Andersson & Trudgill 1990: 147).

De la misma forma que se adquieren nuevos significados, también otros se debilitan y otros incluso se pierden. Algunas palabras, especialmente aquellas con una carga emocional bastante elevada, tales como *fantastic*, *fabulous*, *incredible*, *brilliant* o *amazing* han sufrido un proceso de debilitamiento en sus significados como consecuencia del uso reiterado, u otras, como *awful* y *nice*, han perdido por completo su sentido original, paulatinamente, con el paso de los siglos³. Pero, en cualquier caso, estos cambios no ponen en peligro la salud de ninguna lengua dado que no son más que ajustes internos.

No obstante, pueden surgir problemas en algunas ocasiones como consecuencia de malinterpretaciones. Este es el caso de los *malapropismos*⁴ —empleos erróneos e involuntarios de palabras cultas por confusión con otras, normalmente homófonas— tales como *interested*, *disinterested* y *uninterested* (*interesado*, *desinteresado*, y *sin interés*). Pero, según Andersson y Trudgill, esto tampoco es muy importante, puesto que «las lenguas son sistemas basados en la sociedad y los individuos no pueden unilateralmente decidir el cambio de significado de una palabra»; sin embargo, «si todos utilizaran el mismo malapropismo, entonces, por definición, nunca más sería un malapropismo».

Las innovaciones en la lengua, por tanto, continuarán apareciendo, porque las palabras, después de todo, «significan lo que la gente quiere que signifiquen, a pesar de lo que pudieran haber significado en algún momento anterior de la historia» (Andersson & Trudgill 1990: 144). Además, «es bien sabido que la lingüística es una ciencia descriptiva más que prescriptiva, y que los lingüistas están interesados en describir y dar cuenta de lo que los hablantes verdaderamente dicen más que de lo que varias ‘autoridades’ creen que se debería decir» (Trudgill 1983b: 201).

II.1.c. El estatus social del hablante

Probablemente la fuente más poderosa de juicios sobre la *corrección* surge de la relación entre lenguaje y clase social. Siguiendo con el caso de la lengua inglesa, dada la fuerte relación existente entre *acento* y *dialecto*, por un lado, y antecedentes *sociales* y *regionales*, por otro, cuanto más alta es la clase social del hablante, menos rasgos lingüísticos regionales muestra en su lengua. Además en el pasado siempre se creyó que las formas no estándares eran

³ Palabras tales como *fantastic*, *fabulous*, *incredible*, *brilliant*, *amazing* comenzaron teniendo connotaciones bastante fuertes y dramáticas, pero, como consecuencia de su uso reiterado en los tiempos actuales, han venido a significar algo muy prosaico como ‘very good’ (‘muy bien/bueno’). Los diccionarios definen *awful* como ‘nasty, ugly’ (‘sucio, feo’), pero su significado original, que se remonta al siglo XIII, era ‘inspiring awe, reverence or dread’ (‘que impone respeto, reverencia o temor’); *nice* procede del latín *nescius* significando en su origen ‘ignorant, foolish’ (‘ignorante, tonto’), pero «paulatinamente el uso sufrió una serie de cambios de modo que el significado llegó a ser en ocasiones ‘shy’, ‘delicate’, ‘fine’ (‘tímido’, ‘delicado’, ‘fino’), y finalmente ‘pleasant’ (‘agradable’) (Andersson & Trudgill 1990).

⁴ «Se llaman así los malapropismos debido al personaje Mrs. Malaprop en la obra de Sheridan *The Rivals*. Sheridan derivó su nombre de la palabra *malapropos*, que significa ‘incongruente’» (Andersson & Trudgill 1990: 150).

adulteraciones de la variedad estándar prestigiosa. En este contexto, muchas formas consideradas como ‘incorrectas’, o ‘inglés malo’, simplemente son formas típicas de las variedades no estándares, normalmente utilizadas por hablantes de clases sociales bajas, y, por otro lado, a las formas consideradas como ‘correctas’ a menudo se las asocia con el inglés estándar, normalmente empleadas por hablantes de clases sociales altas y medio-altas. De este modo, se dice que formas no estándares tales como el uso del tiempo «*I done it*» y la *negación múltiple* («*I don't want no coffee*») son ‘incorrectas’, afirmando que las ‘correctas’ son «*I did it*» y «*I don't want any coffee*» (formas del dialecto estándar). Sin embargo, mientras que «*I done it*», por ejemplo, es utilizada por una mayoría de hablantes nativos del inglés en todo el mundo de habla inglesa, la forma «*I did it*» sólo la emplea una minoría (no más del 30%). ¿Cómo se entiende este hecho?

¿Cómo es que se dice que la mayoría está equivocada y que la minoría tiene razón? Esto tiene que ver con quién utiliza qué forma [...] la minoría de gente que dice *I did it* son los que, por regla general, tienen más riqueza, poder, estatus y formación cultural que quienes dicen *I done it* (por supuesto, no podemos hacer tales afirmaciones sobre cada individuo en particular). No es por tanto sorprendente que *I done it* tenga menos prestigio, y que este menor prestigio haga que esta forma verbal sea considerada como indeseable y por ello errónea. Por supuesto no es ‘erróneo’ en ningún sentido significativo de la palabra decir *I done it*, pero es un indicador de estatus social relativamente bajo. No podemos decir que una forma que utiliza la mayoría de la gente esté ‘equivocada’. Podemos decir, sin embargo, que es típica de los dialectos de las clases sociales más bajas. Debido a como está estructurada nuestra sociedad, es una forma que en ocasiones puede poner a sus usuarios en desventaja social.

Lars Andersson & Peter Trudgill (1990: 119)

Cada dialecto, al igual que cada lengua, funciona de manera distinta, y lo que tradicionalmente se ha concebido como una cuestión de ‘correcto’ o ‘incorrecto’ en la lengua, en realidad, es simplemente una cuestión de diferencias dialectales y actitudes sociales frente al prestigio de esos dialectos: lingüísticamente hablando, del mismo modo que no podemos afirmar que «*yo no quiero café*» o «*yo lo hice*» sea inglés incorrecto, porque —después de todo— son palabra de una lengua diferente al inglés, tampoco podemos afirmar que «*I don't want no coffee*» o «*I done it*» sea inglés incorrecto, porque es un dialecto diferente, un dialecto no estándar en este caso. Por tanto, los juicios sobre la *corrección* en la lengua no son en absoluto juicios lingüísticos objetivos sino sociales, y, por tanto, arbitrarios.

II.2. Juicios de valor sobre la *Adecuación* de lenguas y dialectos

Si el problema de la *corrección* está circunscrito a comparaciones intralingüísticas, el de la *suficiencia*, o *adecuación*, se ocupa de comparaciones tanto intralingüísticas como interlingüísticas: no sólo se comparan diferentes variedades de la misma lengua sino también lenguas distintas (Trudgill 1983b: 206).

II.2.a. Comparaciones Interlingüísticas

En el pasado la visión del lenguaje y las lenguas en la sociedad estaba determinada por la posición ocupada por algunas de las europeas que, desde el Renacimiento, se establecieron como lenguas nacionales estandarizadas en las nacientes naciones-estado de Europa. Cualesquiera otras variedades eran consideradas sistemas adulterados, desviaciones del estándar, o incluso sistemas

‘primitivos’; de ahí que *no fueran* variedades adecuadas para ser utilizadas como medios de comunicación. Desde los años sesenta, con la visión sociolingüística del lenguaje, estudios basados en trabajos empíricos han demostrado que no hay en absoluto razones lingüísticas para atribuirle a una determinada lengua alguna superioridad o inferioridad inherente, puesto que absolutamente todas las lenguas son sistemas lingüísticos igualmente buenos y adecuados:

No hay razones lingüísticas para decir que una lengua es superior a otra. Esto es, todas las lenguas son igualmente ‘buenas’. No hay forma de evaluar una determinada lengua más favorablemente que otra. Los lingüistas han descubierto que todas las lenguas son complejos sistemas igualmente válidos como medios de comunicación. Cada lengua hace frente a las necesidades comunicativas de sus hablantes de una manera enteramente *adecuada*, y, si estas necesidades cambian, la lengua también.

Peter Trudgill (1975: 24)

A pesar de lo que alguna gente pueda pensar, no hay nada que se pueda hacer o decir en una lengua y que no se pueda hacer o expresar en otra, y si las lenguas son distintas, sólo difieren en lo que *tienen que decir*, no en lo que *pueden decir*; esto es, las lenguas son un reflejo de las necesidades comunicativas de sus hablantes, de manera que si la lengua esquimal tiene varias palabras para referirse a varios tipos de *nieve*, lo que ninguna otra lengua tiene, y en Australia hay palabras distintas para referirse a varios tipos de *tierra*, lo que ninguna otra lengua tiene tampoco, ello simplemente significa que las diferentes palabras esquimales referidas a *nieve* son tan relevantes en Australia como las de *tierra* en la sociedad esquimal.

II.2.b. Comparaciones Intralingüísticas

Del mismo modo, en comparaciones intralingüísticas, todos los dialectos hablados en cualquier nación o estado son sistemas lingüísticos igualmente complejos, estructurados y válidos, y si son evaluados como ‘adecuados’ o ‘inadecuados’ es por sus connotaciones sociales más que por una superioridad o inferioridad inherente. Trudgill (1975: págs. 26-27) así lo manifiesta en el caso del inglés en el Reino Unido:

No hay evidencia lingüística ni nada por el estilo para sugerir que un dialecto es más ‘expresivo’ o ‘lógico’ que cualquier otro, ni para postular que hay dialectos del inglés ‘primitivos’, ‘inadecuados, o ‘adulterados’ [...] A mucha gente de este país le resultará difícil de aceptar que todos los dialectos ingleses son igualmente ‘buenos’, como en verdad lo son.

Sin embargo, estas actitudes son desgraciadamente muy habituales en el contexto educativo, donde algunas variedades de la misma lengua son consideradas menos ‘adecuadas’ que otras, y lo cual tiene también unas consecuencias educativas serias. Las diferencias dialectales en las escuelas británicas, por ejemplo, constituyen un problema educativo toda vez que el inglés estándar se le exige a niños que tienen alguna variedad no estándar como dialecto materno, principalmente niños hablantes de ‘Black Vernacular English’ y de clase baja en general y niños escoceses. Desde un punto de vista educativo, ellos sufren simplemente porque el inglés estándar no es su lengua materna y, por tanto, no lo hacen tan bien en la escuela como los niños hablantes de estándar, normalmente de clase media, con la misma inteligencia. Este problema, a su vez, se agrava si los profesores no son lo suficientemente conscientes de esas diferencias dialectales y acentuales, y si tienen actitudes desfavorables frente a los no estándares: esos niños «pueden ser evaluados por algunos profesores como si tuvieran menos potencial educativo que aquellos

con dialectos y acentos de la clase media, a no ser que también se les dé la adecuada oportunidad para demostrar lo contrario» (Trudgill 1983a: 140).

Gran parte de estas actitudes desfavorables hacia los dialectos no estándares de los niños tienen su origen en las malinterpretaciones, tergiversaciones y empleos erróneos de las teorías de Basil Bernstein⁵ sobre *código elaborado* y *código restringido*, como son la hipótesis de la *privación verbal*, o *déficit lingüístico*, las cuales contribuyeron a la creencia de que algunas variedades de una lengua son menos ‘adecuadas’ que otras. Bernstein postuló que hay dos variedades de lengua diferentes —el ‘código elaborado’, una lengua sofisticada utilizada en las situaciones formales, y un ‘código restringido’, una lengua simple utilizada en situaciones informales— y estableció una conexión entre ambas y los dialectos de clase social: mientras que los niños de clase media emplean ambos códigos, los de clase trabajadora solo emplean el ‘código restringido’. Esto condujo erróneamente a vincular el ‘código restringido’ con los dialectos no estándares, y por ello a favorecer, e incluso fortalecer, la creencia, difundida entre muchos profesores y educadores, de que hay algo intrínsecamente inferior en la lengua de la clase obrera, el inglés no estándar, lo que hace que los niños pertenecientes a esta clase estén, según aquéllos, *privados verbalmente* y sean *cognitivamente deficientes*⁶.

II.3. Juicios de valor sobre la *Estética* de acentos

II.3.a. Hipótesis del Valor Inherente

Hay una creencia generalizada, llamada *hipótesis del valor inherente*, que sostiene que algunas variedades lingüísticas son intrínsecamente más atractivas y agradables que otras, y que si éstas han llegado a ser aceptadas como estándares o han alcanzado prestigio, es simplemente porque son las más atractivas. La existencia de estas actitudes sociales frente a diferentes variedades lingüísticas, fundamentadas en la hipótesis del valor inherente, se ha demostrado con trabajos de psicólogos sociales del lenguaje como Howard Giles (1971a y 1971b), quien evidenció que, en Gran Bretaña, a los hablantes con acento RP (Received Pronunciation) se les atribuye tener más competencia —en el sentido de ser más inteligentes, más fiables y más cultos— pero menos integridad y atractivo social —en el sentido de sinceridad y bondad (menos simpáticos y menos sociables)— que los hablantes con acentos regionales. Estos resultados se obtienen por medio de lo que se ha llamado experimentos de *matched-guise* (véase **IV.2.a**), en los que los informantes, aunque creen que están evaluando a diferentes hablantes, reaccionan ante el mismo hablante, que utiliza diferentes acentos: un número dado de hablantes, todos con diferentes acentos del inglés, es grabado leyendo el mismo pasaje en prosa, pero uno de ellos es grabado dos veces, cada vez leyendo el pasaje con un acento diferente. Se les pone estas grabaciones a unos grupos de informantes y se les pide que den su opinión sobre los hablantes en lo que respecta a sus atributos y aptitudes —todo ello sólo por sus voces— y situándolos en escalas que oscilan de ‘muy inteligente’ a ‘muy poco inteligente’, de ‘muy culto’ a ‘muy poco culto’, y de ‘muy simpático’ a ‘muy poco simpático’. De este modo, el mismo hablante era evaluado de manera radicalmente

⁵ En Trudgill (1975 y 1983a) se puede encontrar una crítica tanto de las teorías de Bernstein como de sus malinterpretaciones.

⁶ Una extensa discusión crítica sobre estas teorías puede encontrarse en Trudgill (1975).

distinta según el acento utilizado: con un acento local, eran percibidos como menos inteligentes y menos cultos pero más simpáticos, pero con el acento RP, *el mismo* hablante era juzgado totalmente al contrario, más inteligente, más culto y menos simpático. A este respecto, Trudgill (1983a: págs. 139-140) comenta lo siguiente:

Esto demuestra cómo confiamos en estereotipos cuando conocemos e interaccionamos con alguien por primera vez [...] y utilizamos la manera en que habla para hacernos una idea del tipo de persona que creemos que es. Un hablante de RP puede percibirse, tan pronto como empiece a hablar, como arrogante y antipático por un no hablante de RP, a no ser que, y hasta que, pueda demostrar lo contrario. Él es, como si dijéramos, culpable hasta que se demuestre su inocencia.

II.3.b. Hipótesis de las Connotaciones Sociales

Con experimentos como el que acabamos de describir la creencia del valor inherente ha sido desacreditada en favor de la *hipótesis de las connotaciones sociales* defendida por sociolingüistas como el propio Howard Giles, Peter Trudgill, Richard Bourhis, Alan Lewis Allan Davies, etc., inicialmente, quienes sostienen que los juicios estéticos de las variedades lingüísticas son el resultado de una compleja red de connotaciones sociales, puesto que, lingüísticamente hablando, no hay valores estéticos inherentes en las variedades lingüísticas.

Otro estudio experimental que ha supuesto todo un referente metodológico a la vez que procedimental en la evidenciación de la carga social en las actitudes es el llevado a cabo por Trudgill & Giles (1978) con el fin de determinar el grado de condicionamientos sociales sobre la *estética* de diferentes acentos británicos en las respuestas de hablantes nativos. Diez personas con acentos diferentes del inglés británico fueron grabadas leyendo el mismo pasaje en prosa. Hicieron escuchar las grabaciones a diferentes grupos de informantes ingleses con el objetivo de obtener respuestas sobre la estética de estos acentos. El resultado del experimento fue el siguiente orden de clasificación de los diez acentos según la dimensión agradable-desagradable:

1. Acento RP (BBC)
2. Acento del Sur de Gales
3. Acento de Yorkshire
4. Acento de Irlanda del Norte
5. Acento de Newcastle (Tyneside, Geordie)
6. Acento del West Country (Gloucestershire)
7. Acento de Glasgow (Escocia)
8. Acento de Liverpool (Scouse)
9. Acento de Birmingham (West Midlands, Brummie)
10. Acento de Londres (Cockney)

Lo primero que se puede observar en esta lista es el hecho de que los acentos situados en la base son todos de las grandes áreas urbanas, en la mitad están los acentos rurales, y en la cima está el RP, o BBC. La interpretación de este hecho es la siguiente:

... la preferencia por los acentos rurales en lugar de los urbanos tiene que ver con lo que la gente los asocia. Los acentos urbanos no gustan porque tienen connotaciones —para la inmensa mayoría de la población británica— de humo, suciedad, industria pesada y trabajo, mientras que a los acentos rurales se les asocia con el aire puro y las vacaciones. Al acento de la BBC se le considera el más agradable porque se le asocia

con la educación, la riqueza, el poder, el estatus y el prestigio.

Lars Andersson & Peter Trudgill (1990: 134)

Otros grupos de hablantes nativos del inglés en América y en Canadá fueron expuestos a las mismas grabaciones, y no reconocieron ni los acentos de las muestras ni la procedencia de los hablantes. Al no saber la procedencia de los hablantes, no podían tener, y de hecho no tuvieron, connotaciones asociadas a los acentos.

Habituales son también las categorizaciones que comúnmente hacemos de algunas lenguas europeas, por ejemplo: al francés se le considera una lengua ‘aparentemente’ romántica, al español e italiano se les asocia con la pasión, al inglés con la modernidad, tecnología y futuro, y al alemán con la contundencia, robustez y tosquedad. En este sentido, Dennis Preston (1999) utiliza los descubrimientos de la *dialectología perceptiva* que él mismo ha desarrollado (véanse Preston 1989 y 1998) —concretamente de los mapas mentales ‘cognitivamente reales’ de los hablantes regionales y de las áreas acentuales— para evaluar las actitudes frente a la variación regional presente en el inglés americano, y consigue evidenciar, así, las asociaciones y estereotipos que nos hacemos de los acentos regionales y sus propios hablantes desde perspectiva de la psicología social del lenguaje y es estudio específico de las actitudes lingüísticas (véanse también Preston 1986, 1988 y D. Preston & G.M. Howe 1987).

Juicios de este tipo sobre las variedades lingüísticas, dialectales o acentuales no están basados en su estética simplemente, porque no hay valores intrínsecamente estéticos en ellas. De hecho hay una considerable cantidad de pruebas que demuestran que no hay una ‘fealdad’ o ‘atractivo’ inherentes en ningún acento ni dialecto ni lengua; y sus evaluaciones distintas, que aparentemente están basadas en la estética, en realidad son, una vez más, juicios sociales movidos por las connotaciones sociales que tienen o evocaciones que generan:

Si no nos gusta un acento, es por una complejidad de factores que tiene que ver con nuestras inclinaciones sociales, políticas, y regionales más que con alguna cosa estética. Nos agradan y desagradan los acentos por lo que *representan*, y no por lo que *son*.

Peter Trudgill (1975: 37-38)

II.4. Prestigio: *Prestigio Encubierto versus Prestigio Manifiesto*

Las actitudes van normalmente vinculadas al factor *prestigio*. El *prestigio* en la Sociolingüística es un comportamiento lingüístico motivado por las actitudes sociales adoptadas ante determinadas formas lingüísticas: se refiere a la estima que adquieren algunas variedades dialectales, acentos o incluso rasgos lingüísticos determinados, como consecuencia de una reputación adquirida o atribuida, que es totalmente subjetiva y, a menudo, ocasional. Cuando este prestigio se expresa de forma general y pública en el comportamiento lingüístico de la comunidad de habla se llama *prestigio manifiesto* (‘overt prestige’); las variedades lingüísticas británicas, por ejemplo, que gozan de un prestigio manifiesto y que, por consiguiente, son deseadas por mucha gente en el Reino Unido son el dialecto del inglés estándar y el acento RP, que son las formas más prestigiosas, de mejor posición social, y normalmente asociadas con el poder, la cultura y la riqueza.

Sin embargo, también hay comportamientos lingüísticos que llevan a alguna gente, privada y subconscientemente, a tener una predisposición más favorable con respecto a otras

formas lingüísticas, no precisamente estándares, a pesar de mostrarse ellos mismos como partidarios de las que gozan del prestigio manifiesto en la comunidad de habla. En estos casos estamos ante lo que se conoce como *prestigio encubierto* ('covert prestige'), como curiosamente ocurre en Murcia con el geolecto murciano. Peter Trudgill (1972) pudo detectar, medir y cuantificar este fenómeno en su investigación lingüística sobre Norwich, en Inglaterra. Afirmó que «el prestigio encubierto refleja el sistema de valores de nuestra sociedad y de las diferentes subculturas dentro de ésta» al comprobar que, para los hablantes varones, el habla no estándar de la clase obrera es altamente valorada y prestigiosa por diversas razones: diferenciación lingüística según la **edad**, puesto que la gente joven había autoevaluado su uso de pronunciación prestigiosa muy por debajo de lo que realmente hacía (infravaloración)⁷; diferenciación lingüística según el **sexo**, puesto que, en general, los informantes femeninos habían autoevaluado su uso de variantes socialmente favorecidas muy por encima de lo realmente cierto (sobrevaloración)⁸ y mucho más frecuentemente que los varones, al tener el habla de la clase obrera connotaciones de masculinidad en muchas sociedades occidentales; y finalmente **solidaridad grupal**:

... los hablantes varones, al menos en Norwich, están a nivel subconsciente o quizás simplemente privado predispuestos muy favorablemente hacia las formas del habla no estándar [...] Si es cierto que los informantes 'conciben su propia habla en términos de las normas que desean dominar más que del sonido realmente producido' entonces la norma que desea un elevado número de varones de Norwich es el *habla no estándar de la clase obrera*. Esta actitud favorable no es nunca manifestada abiertamente, pero las respuestas a estos tests demuestran que las afirmaciones sobre el 'habla mala' sólo son de cara al público. A nivel privado y subconscientemente, un gran número de hablantes masculinos está más preocupado por adquirir prestigio del tipo encubierto y por manifestar su solidaridad grupal que por conseguir una posición social, como normalmente se había dicho.

Peter Trudgill (1972: págs. 187-188)

Como acabamos de ver, el problema de **estándar versus no estándar** ha sido relacionado con dicotomías del tipo **correcto versus incorrecto**, **adecuado versus inadecuado**, y **estético versus antiestético**; y se ha denunciado que los juicios de valor sobre la *corrección*, *adecuación* y *estética* de las variedades lingüísticas, en general, son más una evaluación de los antecedentes sociales (normalmente prestigio vs no prestigio) ocultos tras estas variedades que una evaluación de sus características lingüísticas como tales, lo cual es difícilmente posible:

El estudio científico de la lengua ha demostrado a muchos académicos que *todas* las lenguas, y por consiguiente *todos* los dialectos, son igualmente 'buenos' como sistemas lingüísticos. Todas las variedades de una lengua son complejos sistemas estructurados, gobernados por reglas y completamente adecuados a las necesidades de sus hablantes. Ello implica que los juicios de valor referidos a la corrección y pureza de las variedades lingüísticas son *sociales* más que lingüísticos. No hay nada en absoluto que sea inherente a las variedades no estándares y que las haga inferiores. Cualquier inferioridad aparente sólo se debe a su relación con hablantes pertenecientes a grupos no privilegiados y de bajo estatus. En otras palabras, las actitudes hacia los dialectos no estándares son actitudes que reflejan la estructura social de la sociedad. De

⁷ Afirmando que **no** empleaba rasgos lingüísticos socialmente prestigiosos cuando ciertamente los utilizaba más de la mitad del tiempo durante la entrevista previamente grabada.

⁸ Afirmando que **sí** empleaban rasgos lingüísticos socialmente prestigiosos cuando en realidad los utilizaban menos de la mitad del tiempo durante la entrevista previamente grabada.

la misma manera, los valores sociales también pueden reflejarse en los juicios sobre las variedades lingüísticas.

Peter Trudgill (1983a: 20)

Por consiguiente, hemos de corregir las actitudes sociales en lugar de las variedades lingüísticas: «prestar atención a los síntomas puede hacer que la gente se concencie más de la enfermedad y se incline más a tomar medidas para combatirla» (Andersson & Trudgill 1990: 31); e indudablemente es responsabilidad de los lingüistas participar en esta empresa⁹:

El prejuicio contra los dialectos de las clases más bajas no es diferente al prejuicio racial y sexual. Creemos que es altamente indeseable y que es nuestra tarea como lingüistas trabajar contra la ignorancia de las diferencias dialectales y en favor de una mayor tolerancia dialectal».

Lars Andersson & Peter Trudgill (1990: págs. 122-123)

III. CAMBIOS LINGÜÍSTICOS MOTIVADOS POR CAMBIOS DE ACTITUDES

El estudio de estas actitudes subjetivas frente a determinadas formas lingüísticas nos lleva a encontrar, igualmente, explicaciones que a menudo son útiles para el estudio del cambio lingüístico, puesto que hay indicios suficientes para sugerir que las actitudes subjetivas son la causa más que el efecto de muchos de estos cambios (el problema de la *actuación*), los cuales pueden tener lugar no sólo en la dirección de una forma prestigiosa sino incluso en la opuesta. Investigaciones del habla de la ciudad de Nueva York y Martha's Vineyard, en los Estados Unidos, y su contraste con situaciones opuestas en las Islas Británicas demuestran este hecho.

III.1. El Rotacismo: la pérdida o mantenimiento de la /r/ postvocálica

Un ejemplo de arbitrariedad y subjetividad total en las actitudes sociales frente al prestigio de las variedades lingüísticas es el fenómeno del *rotacismo* (*rhoticism*) en inglés. Según John Wells (1982: 212), hay ciertos desarrollos fonológicos que ocurrieron en las Islas Británicas y que no se difundieron por todos los diferentes acentos, aunque sí por la mayoría. Estos rasgos caracterizan a los acentos británicos como innovadores o conservadores según el grado de aceptación o rechazo de las tendencias fonológicas surgidas en la lengua hablada. Una de estas innovaciones es **R-Dropping**, que surgió en el siglo XVIII y que supone la eliminación en la pronunciación de una /r/ histórica grafémica en posición postvocálica, seguida de consonante o en final de palabra, pero no en posición inicial ni intervocálica. La fórmula de este proceso sería la siguiente:

$$r \text{ } \text{ } \emptyset /h \quad \begin{array}{c} C \\ \text{9\#} A \end{array}$$

⁹ Véase Hernández Campoy (1993: págs. 112-134) para una descripción más detallada de esta tipología de problemas relacionados con la *corrección*, *adecuación* y *estética* de las variedades lingüísticas.

De este modo, palabras como *car*, *card* o *four* empezaron a pronunciarse como /kY:/, /kY:d/ y /fj:/ en lugar de como tradicionalmente había sido: /kY:r/, /kY:rd/ y /fj:r/ respectivamente. No afecta, sin embargo, a la /r/ en posición inicial de palabra o intervocálica en casos como *rate* o *story* (véase J.M. Hernández Campoy 1999: págs. 243-246).

III.1.a. Un Caso de Estigmatización: las Islas Británicas

El fenómeno de la pérdida de la /r/ postvocálica (r-dropping) nos permite clasificar los diferentes acentos británicos en aquéllos que *no* sufrieron este proceso (*acentos róticos*), los que todavía conservan esa /r/ en la pronunciación de palabras como *car*, *four*, *far*, *lord*, etc. y que, por ello, son considerados conservadores, y aquéllos que sí (*acentos no róticos*), los que no conservan ese rasgo y que, por ello, son considerados innovadores (véanse Wells 1982 y Trudgill 1990). Trudgill (1990: 51) incluye Escocia, Irlanda, y Central Lancashire (Blackburn, Burnley, Accrington) y Southwest (Bristol, Reading, Cornwall, Devon, etc.), en Inglaterra, como áreas donde este rasgo conservador rótico permanece, aunque la gente más joven lo está perdiendo; el resto utiliza la pronunciación innovadora no-rótica:



El hecho es que, la innovación se ha desarrollado tanto que ha dado lugar a la estigmatización de la pronunciación rótica en Inglaterra, con lo que cuanto más alta es la escala social de un hablante, menos probabilidad de uso de /r/ postvocálica hay. Así, los acentos no-róticos tienen

más prestigio y son considerados más ‘correctos’ que los róticos, los cuales son calificados como rurales y/o incultos¹⁰, situación que, paradójicamente, con anterioridad al siglo XVIII era completamente al contrario.

III.1.b. Un Caso de Prestigio: los Estados Unidos de América

Por el contrario, en algunas zonas de los Estados Unidos, Nueva York y otras ciudades, la situación es precisamente la opuesta, siendo los acentos con /r/ postvocálica los que tienen más prestigio y son considerados más ‘correctos’ frente a aquéllos que carecen de este rasgo rótico. Este contraste en las actitudes ante las formas de la lengua demuestra algo muy importante para los psicólogos sociales, y los sociolingüistas, como que la sociedad evalúa las diferentes variedades lingüísticas de distinta forma (Trudgill 1983a: 21):

... los juicios de valor sobre la lengua son, desde un punto de vista lingüístico, completamente arbitrarios. No hay nada inherente en la /r/ postvocálica que sea bueno o malo, correcto o incorrecto, sofisticado o inculto. Juicios de este tipo son juicios sociales basados en las connotaciones sociales que un rasgo particular tiene en el área en cuestión.

Lo curioso de esta situación es que no ha sido siempre la misma: se sabe que Nueva York había sido una región que pronunciaba la <r> en el siglo XVIII pero pasó a omitirse completamente desde el XIX hasta la Segunda Guerra Mundial. Desde ese momento, la pronunciación de la <r> fue adquiriendo, de nuevo, una valoración prestigiosa, y el cambio en la frecuencia de uso de la /r/ postvocálica aumentó en el habla de la clase media alta, probablemente como consecuencia de la afluencia a la ciudad de hablantes procedentes de áreas donde la /r/ postvocálica era un rasgo estándar o de prestigio, y también probablemente como consecuencia de un cambio en las actitudes subjetivas de los neoyorquinos frente a este tipo de pronunciación —de una clara indiferencia a un deseo general por adoptar tal pronunciación. Esto puede verse en una investigación llevada a cabo por William Labov (1966) sobre las actitudes subjetivas de los informantes para comprobar cómo evaluaban la pronunciación de la <r>. El siguiente cuadro muestra el porcentaje de hablantes de clase media alta en tres grupos ‘r-positiva’¹¹ de la misma edad junto con el porcentaje medio de /r/ postvocálicas utilizadas por los tres mismos grupos en el habla normal. Los resultados de este experimento son los siguientes:

Actitudes frente a y Uso de la /r/ postvocálica: Clase Media Alta en Nueva York		
edad	% informantes r-positiva	% /r/ usada
8-19	100	48
20-39	100	34
40+	62	9

Fuente: Trudgill (1983a: 22)

¹⁰ Como Peter Trudgill indica (1983a: 21), muy frecuentemente, el rasgo rótico, la pronunciación de la /r/ postvocálica, se emplea con fines cómicos en las series de humor de la radio y la televisión para indicar que un personaje es rural, inculto, o ambas cosas a la vez.

¹¹ Aquellos que la consideraban como un marcador de prestigio fueron etiquetados ‘r-positiva’.

Puede observarse que hay un brusco aumento en la evaluación favorable de la pronunciación de la <r> entre los hablantes menores de cuarenta años, y que cuanto más jóvenes son los hablantes más emplean la /r/ postvocálica.

El contraste de las situaciones norteamericana y británica en lo que a la /r/ postvocálica se refiere nos permite ver que los modelos de prestigio se han invertido en dos ocasiones, lo que demuestra el carácter subjetivo de las actitudes ante los mismos fenómenos en distintos momentos sociolingüísticos de la historia de ambos países.

III.2. Un Caso de Diferenciación Local: la Isla de Martha's Vineyard en Estados Unidos

Un cambio lingüístico sufrido en la dirección no precisamente de un modelo prestigioso sino en el opuesto es el caso de Martha's Vineyard, una isla a tres millas de la costa de Massachusetts, en Nueva Inglaterra, Estados Unidos. Antiguamente Martha's Vineyard estaba aislada; tenía una pequeña población permanente de alrededor de 6.000 habitantes, pero comenzó a sufrir un considerable aumento del número de turistas durante los meses de verano, lo que provocó cambios sociales sorprendentes que también tuvieron en la isla consecuencias lingüísticas, de las que dió sobrada cuenta Labov (1966). Este sociolingüista centró su atención en la manera en que los nativos de esta isla pronunciaban los diptongos en los dos grupos de palabras *out*, *house* y *trout*, por un lado, y *while*, *pie* y *night*, por otro. De hecho, había dos pronunciaciones diferentes para cada diptongo: una es la poco prestigiosa, anticuada, típica de la isla, [ɔɪ] en el grupo de *out* y [ɔɪ] en el de *while*; la otra, es la más reciente en la isla y se parece mucho más a los diptongos de RP y a algunos acentos prestigiosos del continente americano, [aɪ] en *out* y [aɪ] en *while*. En su estudio, observó que aumentaba el uso de la forma 'anticuada', haciéndose más exagerada y siendo más frecuente en el habla de un cada vez mayor número de hablantes. La posible explicación de este cambio lingüístico estaría muy relacionada con las actitudes subjetivas de los hablantes: los residentes han exagerado la pronunciación 'anticuada' para mostrar sus diferencias respecto de la población de verano:

Los nativos de la isla se han sentido agraviados por la invasión de forasteros y el cambio y la explotación económica que ello conlleva. Por ello, aquella gente que más se identifica con el modo de vida de la isla ha comenzado a exagerar la pronunciación típica del lugar, con el propósito de indicar su diferente identidad social y cultural, y para subrayar su creencia en los viejos valores. Esto hace que la pronunciación 'anticuada' sea, de hecho, la más en boga entre ciertos sectores de la comunidad más joven.

Peter Trudgill (1983a: 23)

III.3. La Acomodación Lingüística: Convergencia y Divergencia

Si el caso de los diptongos en Martha's Vineyard y el del rotacismo en Nueva York e Inglaterra demuestran que las actitudes frente a la lengua pueden ser una poderosa ayuda para la difusión de cambios lingüísticos, también es cierto que la acomodación lingüística entre los hablantes promueve modificaciones lingüísticas en la interacción directa, e incluso, la difusión del cambio lingüístico y, a su vez, viene generada por factores actitudinales. Howard Giles desarrolló lo que se conoce como *teoría de la acomodación*, que se centra en el habla y trata de explicar por qué los hablantes modifican su lengua en presencia de otros del modo y grado en que lo hacen

(Trudgill 1986: 2):

Esto, en pocas palabras, trata de explicar los ajustes temporales o a largo plazo en la pronunciación y en otros aspectos de la conducta lingüística en términos de mecanismos para aproximar la lengua de uno a la de los interlocutores, si se les considera socialmente atractivos y/o demuestra buena voluntad hacia ellos. A menudo consiste en reducir la frecuencia de formas lingüísticas socialmente estigmatizadas en presencia de hablantes de variedades de mayor prestigio. La teoría también prevé el efecto opuesto: el distanciamiento de la lengua de uno con respecto a la de los hablantes de los que uno quiere disociarse, o con el propósito de afirmar la identidad propia.

Peter Trudgill (1983b: 143)

El primer caso se relacionaría con lo que Howard Giles llamó proceso de *convergencia acentual*, «si el emisor en una situación dual desea conseguir la aprobación social del receptor, entonces puede adaptar sus modelos acentuales en la dirección de los de esta persona, esto es, reducir las diferencias de pronunciación» (Giles 1973, citado en Trudgill 1986: 2). El segundo caso, el proceso opuesto, cuando los hablantes desean disociarse mutuamente o mostrar desaprobación de otros, estaría relacionado con la *divergencia acentual* de Giles. De esta manera, el uso de un estilo formal en una situación informal, por ejemplo, puede utilizarse como broma o para indicar desaprobación o distancia social. Pero la teoría de la acomodación no sólo se ocupa de ajustes de acentos de prestigio alto-bajo sino también de acentos geográficamente diferentes.

Como hemos visto, las diferentes variedades lingüísticas (lenguas, dialectos o acentos) son asociadas a menudo a respuestas emocionales profundamente arraigadas, actitudes sociales, en definitiva, tales como pensamientos, sentimientos, estereotipos, y prejuicios sobre la gente, grupos sociales, étnicos, religiosos, e, incluso, sobre entidades políticas, y es la *Psicología Social del Lenguaje* la disciplina que más directamente se ocupa del lenguaje teniendo en cuenta estos factores extralingüísticos.

IV. LA MEDICIÓN DE LAS ACTITUDES

IV.1. La Importancia de la Medición de las Actitudes

Indudablemente, la detección y cuantificación de las actitudes no resulta tan fácil como la cuantificación de los usos de distintas formas lingüísticas que hacen los estudios de sociolingüística correlacional. La tarea de medir las actitudes no es simple. Pero ciertamente resulta factible, como numerosos estudios han demostrado (véase Ryan, Giles & Hewstone 1988). Las actitudes no sólo juegan un papel fundamental en el estudio del comportamiento humano, sino que también son, pues, susceptibles de explicación y medición (Baker 1992 y Henerson, Morris & Fitz-Gibbon 1987).

Un elemento clave para la detección de las actitudes es la **generalidad o especificidad** de la actitud en cuestión. Aunque puede llegar a haber en diferentes ocasiones una falta de consistencia en acciones individuales debida a la presencia de factores excepcionales, sin embargo, la suma agregada conjunta de casos ofrece una medida relativamente estable de la ‘probabilidad’ de actuación de un comportamiento dentro de una banda de generalidad. Así, pueden obtenerse modelos de respuesta general, que no comportamientos específicos, lo suficientemente satisfactorios de las mediciones de actitudes.

Según, Henerson, Morris & Fitz-Gibbon (1987: 13), debemos tener las siguientes

precauciones en la cuantificación de las actitudes:

- i) hemos de confiar en la deducción, dado que es imposible medirlas directamente;
- ii) los comportamientos, creencias y sentimientos no siempre coinciden, incluso cuando certeramente asumimos que reflejan una única actitud; así que no se puede centrar la atención en una sola manifestación de una actitud con la información obtenida en una única ocasión;
- iii) no tenemos garantía de que la actitud que queremos evaluar se mantendrá lo suficientemente constante durante el tiempo de medición como para que sea fiable;
- iv) el estudio de algunas actitudes lo realizamos sin acuerdo universal sobre su naturaleza.

También consideran estos autores (Henerson, Morris & Fitz-Gibbon 1987: 19), por otra parte, tener en cuenta los siguientes factores preliminares básicos:

- i) la necesidad de decidir sobre la correspondiente importancia de los objetivos actitudinales dentro de la evaluación total,
- ii) la necesidad de clarificar y desarrollar los objetivos actitudinales antes de proceder a la toma de decisiones sobre las técnicas de medición;
- iii) la necesidad de determinar si los indicadores de actitud del programa de actuación deberían centrarse en los resultados o en los procesos;
- iv) la necesidad de considerar los problemas legales o éticos que conlleve la medición de las actitudes; y
- v) la necesidad de anticipar reacciones de varios grupos por separado de la misma medición de actitudes, a modo de pre-prueba (o *pre-test*), y que ponga a prueba el cuestionario.

IV.2. Procedimiento de Medición

‘Actitud lingüística’, como afirma Collin Baker (1992: 29), es un término que aglutina una auténtica variedad de actitudes específicas. Distintos estudios, pues, se han centrado en aspectos como: las actitudes frente a la variación lingüística, dialectal, acentual o de estilos de habla; las actitudes frente al uso de una variedad lingüística concreta; las actitudes frente a grupos, comunidades o minorías lingüísticas específicas; las actitudes ante el aprendizaje de una lengua; las actitudes ante las lecciones de lengua; las actitudes ante las preferencias lingüísticas, etc. (véase Ryan, Giles & Hewstone 1988). Por ello, en un estudio de actitudes lingüísticas, la elección de las variables clave y el posterior diseño del cuestionario de medición dependen del aspecto que

se pretenda poner de relieve.

Pero, además, todo estudio de las actitudes, como cualquier estudio empírico experimental¹², de campo, sigue un proceso de formulación de hipótesis mediante el procedimiento hipotético-deductivo y contrastación mediante la observación y la experimentación. Y para expresar de modo rigurosamente preciso y claro los resultados de la investigación científica, es imprescindible el empleo del lenguaje matemático y de la lógica, siendo la verificabilidad un criterio fundamental y planteándose la causalidad en términos de probabilidad. Así, un estudio empírico se estructura con un planteamiento del problema o fenómeno, la delimitación de unos objetivos, la descripción de la metodología y procedimiento a seguir, la obtención de los datos, la visualización de los resultados obtenidos, su posterior análisis e interpretación, y, finalmente, la presentación de la conclusión obtenida. El siguiente resumen describe el procedimiento más habitualmente seguido en los estudios de medición de actitudes:

1. Selección del modelo de recogida de datos:
 - a) cuestionarios
 - entrevistas
 - encuestas
 - b) grabaciones (ocultas)
 - c) otras fuentes de información (normalmente escrita):
 - registros
 - revistas (especializadas)
 - prensa
 - informes

2. Selección del modelo de observación:
 - individual
 - grupo

3. Selección del modo de observación:
 - sistemática: altamente estructurado
 - anecdótica: semiestructurado
 - por expertos: no estructurada

4. Diseño de la medición de la actitud objeto de estudio y sus indicadores:
 - escala de nivel ordenada
 - escala de nivel de acuerdo
 - escala de nivel diferencial semántica

5. Obtención de los datos

¹² Aunque este suele ser más el protocolo de la *metodología cuantitativa*, que en Sociolingüística popularizó William Labov, la *metodología cualitativa* también puede resultar tremendamente útil (véase M.P. Colás Bravo & L. Buendía Eisman 1992 y F. Hernández Pina 1995).

6. Correlación de los datos obtenidos con instrumentos sociométricos
7. Análisis de datos: aplicación de técnicas estadísticas de medición del grado de significación de los contrastes absolutos o relativos obtenidos (detección de su validez y fiabilidad);
8. Visualización y síntesis de los datos procesados y analizados
9. Interpretación de los datos
10. Conclusión

De este resumen, destacaremos los tipos de medición (IV.2.a) y las escalas de nivel (IV.2.b).

IV.2.a. Tipos de Medición de las Actitudes

Ryan, Giles & Hewstone (1988) distinguen dos tipos fundamentales de medición de las actitudes: la **directa**, que se lleva a cabo mediante entrevistas o cuestionarios sobre aspectos lingüísticos específicos, y la **indirecta**, que suele realizarse mediante la llamada técnica *mached-guise* mencionada en II.3.a y II.3.b, con la que, aunque los informantes creen estar evaluando a diferentes hablantes, lo que en realidad están haciendo es reaccionar ante la misma persona, que utiliza diferentes acentos, o simplemente mediante grabaciones ocultas. La primera presenta la desventaja, como apunta Tore Kristiansen (1997: 291), de que el informante esté ofreciendo una reacción evaluadora que simplemente reproduce la generalizada en la comunidad o grupo, y no la suya particular, como los visto en II.4, con lo que puede llegar a carecer de validez.

Dado que la segunda, la indirecta, suele neutralizar el riesgo de condicionantes encubiertos en las manifestaciones de los informantes al detectar las actitudes registrando reacciones comportamentales en situaciones reales (sin que se percaten de que forman parte de 'otro' experimento), la combinación de ambos tipos de medición resulta más enriquecedora a la vez que, científicamente, más fiable, como realiza Juan Antonio Cutillas Espinosa en su estudio de Fortuna del presente volumen.

IV.2.b. Escalas de Nivel

Las escalas de nivel de actitud, según Henerson, Morris & Fitz-Gibbon (1987: 84), ofrecen puntuaciones individuales que indican tanto la dirección como la intensidad de la misma en una persona, o, tras un proceso sumatorio, de un colectivo. Las más habituales son la escala ordenada, la de acuerdo y la diferencial semántica.

La **escala ordenada** (*ordered scale*) consiste en una serie de afirmaciones que expresan una gama de opiniones sobre algo o alguien objeto de actitud, y de las cuales los informantes han de seleccionar sólo aquellas con las que están de acuerdo e ignorar las restantes. El proceso sumatorio final nos ofrece un continuum de actitudes. Un ejemplo sería el siguiente:

● En Murcia se habla muy mal	<input type="checkbox"/>
● En Murcia se considera que se habla muy mal	<input type="checkbox"/>
● El geolecto murciano es una desviación de la norma	<input type="checkbox"/>
● El acento murciano es prácticamente imperceptible	<input type="checkbox"/>
● En Murcia se habla español estándar	<input type="checkbox"/>
● El hablante murciano no tiene prejuicios acentuales sobre su variedad local	<input type="checkbox"/>
● En Murcia no existe variedad lingüística local	<input type="checkbox"/>
● El ‘panocho’ no tiene entidad lingüística	<input type="checkbox"/>
● El geolecto murciano goza de prestigio nacional	<input type="checkbox"/>
● El español de Murcia es progresivamente más estándar	<input type="checkbox"/>

La **escala de acuerdo** (*agreement scale*) también consiste en una serie de afirmaciones que expresan una gama de opiniones extremas sobre algo o alguien objeto de actitud, si bien, en este caso, los informantes han de manifestar la intensidad de su actitud en una escala de respuesta categóricamente favorable a categóricamente desfavorable. En este sentido, por ejemplo, las respuestas establecidas en un cuestionario pueden ofrecer bien una doble opcionalidad ‘estar de acuerdo / estar en desacuerdo’ o bien una múltiple, con más precisión en la medición, como una escala de cinco niveles:

Completamente de acuerdo	De acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo	En completo desacuerdo
-2	-1	0	1	2

Por su parte, la **escala diferencial semántica** (*semantic differential scale*) es una forma de evaluar las reacciones emocionales o subjetivas de los hablantes frente a elementos léxicos con el fin de describir las dimensiones afectivas de la organización de conceptos en una variedad lingüística. Consiste en una escala de adjetivos con sus correspondientes antónimos y varias posiciones intermedias que han de evaluar un determinado elemento lingüístico o persona objeto de actitud. Resulta muy útil para medir el afecto (los sentimientos positivos y/o negativos de una persona hacia algo o alguien objeto de actitud). El estudio de Howard Giles (1971a y 1971b) tratado en **II.3.a** utiliza esta escala en su medición de los hablantes británicos de RP y los dialectales. Una adaptación podría ser la siguiente:

HABLANTES CON ACENTO <i>ESTÁNDAR</i>							
muy inteligente							muy poco inteligente
muy culto/-a							muy poco culto/-a
muy simpático/-a							muy poco simpático/-a
muy sociable							muy poco sociable
muy sincero/-a							muy poco sincero/-a

HABLANTES CON ACENTOS DIALECTALES							
muy inteligente							muy poco inteligente
muy culto/-a							muy poco culto/-a
muy simpático/-a							muy poco simpático/-a
muy sociable							muy poco sociable
muy sincero/-a							muy poco sincero/-a

También utiliza esta escala diferencial semántica el estudio de Trudgill & Giles (1978) descrito en **II.3.b**. Su adaptación a una posible medición de las actitudes ante los acentos del español teniendo en cuenta la situación sociolingüística de las variedades acentuales peninsulares podría ser como sigue:

ACENTO DE CASTILLA-LEÓN							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE MURCIA							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE ASTURIAS							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE ARAGÓN							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE GALICIA							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE MADRID							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE CASTILLA-LA MANCHA							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE CATALUÑA							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DEL PAÍS VASCO							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE ANDALUCÍA							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE LA COMUNIDAD VALENCIANA							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE EXTREMADURA							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE LAS ISLAS CANARIAS							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE CEUTA							
muy agradable							muy poco agradable
ACENTO DE MELILLA							
muy agradable							muy poco agradable

O, en un macro-estudio, sobre la situación sociolingüística de las variedades acentuales del mundo de habla hispana (centroamericano y sudamericano, por ejemplo):

ACENTO ESPAÑOL						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO ARGENTINO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO MEJICANO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO CHILENO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO COLOMBIANO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO VENEZOLANO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO PARAGUAYO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO URUGUAYO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO HONDUREÑO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO PANAMEÑO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO CUBANO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO NICARAGÜENSE						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO PUERTORRIQUEÑO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO GUATEMALTECO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO SALVADOREÑO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO COSTARRICENSE						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO PERUANO						
muy agradable						muy poco agradable
ACENTO BOLIVIANO						
muy agradable						muy poco agradable

La suma de los distintos resultados obtenidos de cada informante nos ofrece un continuum

positivo-negativo que manifiesta la intensidad actitudinal de la comunidad en conjunto sobre cada una de las variedades acentuales, lo que nos permitiría establecer una hipotética clasificación de las mismas atendiendo al factor agradable-desagradable.

El diseño de cuestionarios predeterminados que detecten y cuantifiquen la presencia e intensidad de factores actitudinales puede perfectamente ajustarse a las condiciones de una investigación. También se pueden elaborar cuestionarios, por ejemplo, que requieran del informante manifestaciones menos encasilladas y más abiertas, con cuestiones que garanticen la presencia inicial y ulterior detección de los fenómenos sociolingüísticos implicados en un determinado estudio, como hace Laura Sánchez López en su estudio de los vendedores de *El Corte Inglés* de Murcia en este mismo volumen.

CONCLUSIÓN

Como hemos podido comprobar, el fenómeno de las actitudes, la respuesta emocional de los miembros de la sociedad ante las variedades lingüísticas en su entorno social, es un aspecto importante de la compleja psicología social de las comunidades lingüísticas. Para la Sociolingüística, constituye, además, una fuente de información importante sobre el estatus y estima de las variedades lingüísticas, dado que la salud de una lengua, dialecto, acento, o incluso de una forma lingüística (acentual, gramatical o semántica), depende en gran medida de las actitudes, favorables o desfavorables, que se generan en su contexto social. Su estudio, explicación y medición, además de resultar posible, son, por tanto, esenciales para el desarrollo de nuestro conocimiento del comportamiento sociolingüístico de los hablantes, en tanto que individuos, y de las propias comunidades lingüísticas, en tanto que colectivos.

BIBLIOGRAFÍA

- Ajzen, I. (1988) *Attitudes, Personality and Behaviour*. Milton Keynes: Open University Press.
- Andersson, L. & Trudgill, P.J. (1990) *Bad Language*. Oxford: Basil Blackwell.
- Baker, C. (1992) *Attitudes and Language*. Clevedon: Multilingual Matters.
- Bem, D.J. (1967) «Self-perception: an Alternative Interpretation of Cognitive Dissonance Phenomena», en *Psychological Review*, vol. 74, págs. 183-200.
- Colás Bravo, M.P. & Buendía Eisman, L. (1992) *Investigación Educativa*. Sevilla: Ediciones Alfar.
- Fishman, J. (1971) *Sociolinguistics: A Brief Introduction*. Rowley, MA: Newbury House.
- Giles, H. (1971a) «Patterns of Evaluation in Reactions to R.P., South Welsh and Somerset

- accented speech», en *British Journal of Social and Clinical Psychology*, vol. 10.
- Giles, H. (1971b) «Teacher's Attitudes Towards Accent Usage and Change», en *Educational Review*, vol. 24.
- Giles, H., Hewstone, M., Ryan, E.B. & Johnson, P. (1987) «Research on Language Attitudes», en U. Ammon, N. Dittmar & K.J. Mattheier (eds) (1987) *Sociolinguistics: An International Handbook of the Science of Language and Society* (vol 1). Berlin: Walter de Gruyter. Págs. 585-597.
- Henerson, M.E., Morris, L.L. & Fitz-gibbon, C.T. (1987) *How to Measure Attitudes*. London: SAGE Publications.
- Hernández-Campoy, J.M. (1993) *Sociolingüística Británica: Introducción a la Obra de Peter Trudgill*. Barcelona: Octaedro.
- Hernández-Campoy, J.M. (1999) *Geolingüística: Modelos de Interpretación Geográfica para Lingüistas*. Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- Hernández Pina, F. (1995) *Bases Metodológicas de la Investigación Educativa: I Fundamentos*. Murcia: Diego Marín
- Kristiansen, T. (1997) «Language Attitudes in a Danish Cinema», en N. Coupland & A. Jaworski (eds)(1997) *Sociolinguistics: A Reader and Coursebook*. London: MacMillan. Págs. 291-305.
- Labov, W. (1966) *The Social Stratification of English in New York City*. Washington, D.C.: Center for Applied Linguistics.
- McGuire, W.J. (1985) «Attitudes and Attitude Change», en G. Lindzey & E. Aronson (eds)(1985) *Handbook of Social Psychology* (vol. 3). New York: Random House (3ª edición).
- Preston, D.R. (1986) «Five Visions of America», en *Language in Society*, vol.15:2, 1986, págs. 221-240.
- Preston, D.R. (1988) «Change in the Perception of Language Varieties», en J. Fisiak (ed)(1988) *Historical Dialectology: Regional and Social*. Berlin, New York, and Amsterdam: Mouton de Gruyter. Págs. 475-504.
- Preston, D.R. (1989) *Perceptual Dialectology*. Dordrecht: Foris.
- Preston, D.R. (ed)(1998) *Handbook of Perceptual Dialectology*. London: SAGE Publications.
- Preston, D.R. (1999) «A Language Attitude Analysis of Regional US Speech: Is Northern US

English Not Friendly Enough?», en *Cuadernos de Filología Inglesa*, vol. 8, 1999, págs. 129-146.

Preston, D.R. & Howe, G.M. (1987) «Computerized Generalizations of Mental Dialect Maps», en K. Denning *et al.* (eds) (1987) *Variation in Language: NWAV-XV at Stanford*. Stanford: Department of Linguistics, Stanford University, págs. 361-378.

Ryan, E.B., Giles, H. & Hewstone, M. (1988) «The Measurement of Language Attitudes», en U. Ammon, N. Dittmar & K.J. Mattheier (eds) (1988) *Sociolinguistics: An International Handbook of the Science of Language and Society* (vol. 2). Berlin: Walter de Gruyter. Págs. 1068-1081.

Shaw, M.E. & Wright, J.M. (1967) *Scales for the Measurement of Attitudes*. New York: McGraw-Hill.

Trudgill, P.J. (1972) «Sex, Covert Prestige and Linguistic Change in the Urban British English of Norwich», en *Language in Society*, Vol. 1, 1972.

Trudgill, P.J. (1975) *Accent, Dialect and the School*. London: Edward Arnold.

Trudgill, P.J. (1983a) *Sociolinguistics: An Introduction to Language and Society*. London: Penguin (Revised Edition; 1974 First Edition).

Trudgill, P.J. (1983b) *On Dialect: Social and Geographical Perspectives*. Oxford: Blackwell.

Trudgill, P.J. (1990) *The Dialects of England*. Oxford: Blackwell.

Trudgill, P.J. & Giles, H. (1978) «Sociolinguistics and Linguistic Value Judgements: Correctness, Adequacy and Aesthetics», en F. Coppieters & D. Goyvaerts (eds) (1978) *Functional Studies in Language and Literature*, Gent: Story-Scientia. Págs. 167-180. También en Trudgill (1983b), págs. 201-226.

Weinreich, U., Labov, W. & Herzog, M. (1968) «Empirical Foundations for a Theory of Language Change», en W.P. Lehmann & Y. Malkiel (eds) (1968) *Directions for Historical Linguistics*. Austin: University of Texas Press.

Wells, J.C. (1982) *Accents of English*. Cambridge: C.U.P.